

La locura y yo

C h e l o M i l



La locura y yo

Chelo Mil

desnudo

Editorial Digital

Índice

[Los inicios](#)

[La numeración](#)

[Al borde](#)

[Escapar \(la odisea uruguaya\)](#)

[Ni un mandado](#)

[Buenas migas](#)

[Escapar 2](#)

[Escapar 3](#)

Los inicios

A mediados de 2005 yo no la estaba pasando muy bien: por un lado Fabián me había dejado después de seis meses de relación (yo estaba enamorado), y por otro cargaba con algunas mochilas del año anterior, como una cuestión de salud y, el aire enrarecido en mi barrio, o en mi cuadra, por el robo de todos sus ahorros, de su departamento, a mi vecina del pasillo. "Acá hay gente que no trabaja", esgrimió al día siguiente cuando la entrevistaron para la televisión local. En ese momento yo no trabajaba, es verdad, pero tampoco tuve nada que ver con el ilícito.

Entonces, yo pasaba mis días solo en mi departamento escuchando el disco "Come away with me", de Norah Jones, que es un gran disco pero tiene una cadencia entre melancólica y depresiva. También hice algo productivo, compuse y grabé, con mi computadora como estudio, un disco de ocho canciones que se llama "Todas esas cosas". El estribillo de la canción que le da título al disco dice "Todas esas cosas, yo las sé de tí, de las tardes, de las sábanas que yacen tras de mí".

Así, hasta que un día, estando en lo de Mario, un amante, empecé a sentir puntadas en la cabeza. Ese fue mi primer síntoma. Pensé que me moría y empecé a verbalizarlo. Mario me propuso salir a caminar. Las puntadas seguían y yo estaba muy asustado. Entramos a una panadería-bar y me sirvieron un café. Recuerdo que le dije a mi desconcertado compañero: "¡Me querés dar el antídoto!". Bueno, tuve una crisis y llamaron a la ambulancia. Los médicos no me encontraron nada y creo que me acercaron hasta lo de mi madre.

Al día siguiente fui de urgencia a lo de mi psicoanalista, que me derivó a una psiquiatra y

ésta me internó. Claro, yo le decía que no quería hablar, que quería escribirle, porque sino "me escuchaban". ¿Quiénes? No sé, ya estaba delirando.

La internación duró seis días y tuvo la particularidad de que allí dejé de fumar (por seis meses). Al sexto día me escapé corriendo como nunca, tanto es así que me sangró la nariz, y de nuevo me asusté mucho. Terminé entrando en un servicio de emergencias por calle Pellegrini, donde me acogieron y llamaron a mi hermana. La psiquiatra aceptó mi intempestiva externación siempre y cuando siguiera tomando la medicación.

La numeración

La cuestión con los números tuvo su origen en el programa Mañanas informales, más específicamente en uno de los días en que invitaron a una numeróloga.

Ella, en una pizarra blanca anotaba fechas de nacimiento y sumaba números, entre otras cosas. El sistema era más o menos así: si tenemos el número 25 (mi día de nacimiento) sumamos $2 + 5$ y es igual a 7. Y así con el mes y el año.

Ese día vi el programa y quedé ahí, no me pasó nada, pero, por todo lo posterior, es seguro que me dejó una huella profunda en el inconsciente.

Con el tiempo llegué a tener un sistema propio y complejo relativo a los números, el cual paso a describir:

El cero era lo negro, el vacío y el toro; el uno Dios; el dos la computadora; el tres la esencia, el alma; el cuatro la torpeza, lo falible, lo humano; el cinco la muerte; el seis el diablo, lo rojo; el siete el culo; el ocho lo infinito; el nueve lo azul y el opuesto complementario del seis; el diez Dios de nuevo ($1 + 0 = 1$); el once la computadora de nuevo ($1 + 1 = 2$); el doce la esencia, el alma de nuevo ($1 + 2 = 3$); y así...

Ahora paso a describir como hice para asociar cada número a cada cosa:

0 (cero) -> Lo del vacío está implícito, lo negro surgió de un psiquiatra de tez oscura que me atendió una vez y que tenía el consultorio en la planta baja del edificio (PB = piso cero) y, de allí, por el color, al toro.

- 1 (uno) -> La unidad, la medida de todo, y por la canción "A cada hombre, a cada mujer", en Serú Girán 92.
- 2 (dos) -> Por lo binario. Todo lo computacional o digital tiene en su base a sólo dos dígitos, el cero y el uno.
- 3 (tres) -> Por la película "21 gramos", donde sugieren que eso es lo que pesa un alma ($2 + 1 = 3$).
- 4 (cuatro) -> Porque a él se puede llegar desde el 13 ($1 + 3 = 4$) o desde el 22 ($2 + 2 = 4$), y estos dos números, desde la cultura popular, tienen su propia carga: la torpeza y la locura.
- 5 (cinco) -> Una noche vi una foto antigua de una bisabuela mía que me impactó mucho por su rostro y su expresión sufrida, y en el reverso de la imagen estaba escrito el número cinco.
- 6 (seis) -> Cultura popular.
- 7 (siete) -> Cultura popular.
- 8 (ocho) -> En un capítulo de los Simpsons un ocho gira 90 grados y se transforma así en el símbolo del infinito.
- 9 (nueve) -> Es el seis dado vuelta.

Al borde

En 2008 yo estaba cursando el último año de un terciario de periodismo y, según recuerdo, estaba tomando ya una dosis mínima, de mantenimiento, de un antipsicótico (con los años se había ido disminuyendo la dosis).

Tengo recuerdos fragmentarios de lo que pasó en esa época, que constituyó una crisis, pero que no llegó a una internación; aunque sí implicó que se retrasara un año mi obtención del título terciario.

En ese entonces yo vivía solo en un departamento de pasillo y recuerdo que le tenía miedo a mis vecinos del departamento de enfrente. Por ejemplo, cuando salían de noche dejaban una luz prendida en el patio y eso me inquietaba. Eran una pareja, él psicólogo, ella ama de casa, y su hija. Los ruidos que hacían, las voces que se escuchaban me parecían preocupantes.

En ese momento yo tomaba 5 miligramos de la medicación y, por lo que ese número significaba para mí (la muerte) estaba preocupado y dudaba si debía tomarla o no. En ese marco, recuerdo una noche haber salido corriendo, con la intención de escaparme de la ciudad. Las luces blancas de los autos en sentido contrario me enceguecían, y así llegué hasta el barrio de Pichincha, donde vivencíé varias cosas.

Creo que vi la fachada del bar La rosa, que tenía la leyenda "Las puertas del infierno", y también, por allí, un estencil sobre una pared que decía "El templo de Lucy", el cual yo asocié a la vieja mansión abandonada de calles Salta y Ovidio Lagos, que imaginé como el hogar del diablo.

También, cerca de la estación de trenes Rosario Norte, desde una cuadra de distancia, vi una camioneta blanca estacionada con unos hombres al lado, y en ese momento pensé que ellos me sacarían de la ciudad, pero no me animé a acercarme, y volví para mi departamento.

Ya a unas cuerdas de casa estaba sentado en el umbral de una puerta, con la pastilla en la mano y con terror a tomarla por la posibilidad de que sea veneno, cuando apareció Cristian, un conocido, que vio que yo estaba mal y me acompañó unos minutos largos, hasta mi lugar. Cuando se fue sentí un vacío inmenso.

Como todavía me sentía amenazado, mal, volví a salir a la calle. Caminé unas cuerdas y pasé por un templo evangelista. Había gente en la puerta y me acerqué a una mujer. No pude hacer otra cosa que largarme a llorar fuerte y abrazarla. Ella intuyó que yo era paciente psiquiátrico y nombrando a Jesús pedía por mi bienestar. Después de llorar un buen rato vino una calma hermosa.

Escapar (la odisea uruguaya)

Creo que a fines de 2010 yo todavía vivía solo en mi departamento de pasillo. Estaba mal y me sentía amenazado, creía que tenía que escapar de mi familia y de mi país. Luego de barajar distintos destinos me decidí por La Paloma, en Uruguay: la imaginaba como una playa calma donde iba a poder estar tranquilo y, quizá, morir en paz.

Me fui hasta la terminal de ómnibus y saqué el pasaje. El viaje comenzó de día y la chica que estaba sentada al lado mío, al salir de la ciudad, empezó a llorar. Era rubia como mi hermana y yo pensé que era su espíritu que se entristecía por mi partida. A la noche hubo una parada en un peaje no sé dónde, y pude bajar. Ahí tuve una sensación hermosa al contemplar el paisaje desconocido y nocturno. A la mañana siguiente, ya entrando en Montevideo, en el colectivo sirvieron el desayuno. Un hombre robusto delante mío pidió té y yo decidí pedir lo mismo. También decidí bajar en Montevideo.

En la terminal cambié mis pesos argentinos por pesos uruguayos, pero mantuve una moneda de un peso (creo que era una de las del Bicentenario) porque creía que eso me iba a permitir mantener mi personalidad.

Y a caminar. Caminé mucho durante el día. A veces veía un hombre que me gustaba y lo seguía, para ver si podía pasar algo, pero nada. A lo sumo me miraban con desconfianza.

Lo único que tenía conmigo era la ropa puesta, mi cédula de identidad y algo de plata. A la tardecita me metí en un cyber de barrio para buscar alojamiento, y vi un par de hoteles en Ciudad Vieja. Entré al más barato pero ya no tenían lugar, así que a unas dos cuadras fui al otro, que era más lindo y moderno, y pasé la noche ahí. Pude ducharme con agua

caliente mientras escuchaba el bullicio del pub de al lado, y ese fue otro momento hermoso.

Al día siguiente tuve que hacer el check out, ya que no tenía plata para otra noche. De nuevo las caminatas. A la tarde iba caminando por el centro y me choqué una columna de alumbrado público, fue un golpe duro en la frente y por eso fui al hospital de ahí, de Ciudad Vieja. Horas hasta que me atendieron. Cuando salí me topé en el centro con la marcha del orgullo LGBT. Marché e incluso lo hice debajo de una gran bandera con los colores del arco iris. Traté de hacer contacto con alguien para resolver dónde pasar la noche, pero nada. Hubo fuegos artificiales.

Terminé llamando a mi hermana y explicándole dónde estaba y cual era mi situación. Me dijo que vaya al Consulado Argentino, lo cual hice. El tema se resolvió así: el Consulado me pagó la noche de hotel y a la mañana siguiente me llevaron al aeropuerto para que yo tomara un avión que mi viejo había pagado con la tarjeta de crédito. En Buenos Aires me esperaban él y mi hermana.

Ni un mandado

En 2011 yo vivía con mi madre, creo que había dejado de tomar la medicación en secreto, y me daba fobia salir a la calle. Comprar merluza en el negocio de abajo y que el tipo me diera el vuelto y me dijera "Hasta luego" era para mí una experiencia horrible. En mi delirio yo creía, primero, que el número de pesos que me daba tenía una significación profunda y, además, para decirlo sin vueltas, que me iba a coger a la noche mientras yo dormía. También que al comer pescado yo iba a ser cogido/ comido como un pescado a la parrilla, ya que mi cama era de esas en que el colchón se apoya sobre una parrilla de madera.

Y así con cada local o comercio. No podía ni hacer un mandado.

Esta idea de que me cogían mientras dormía era fuerte y me ocupaba bastante el pensamiento, por lo que en un momento empecé a buscar estrategias para no dormir. Recuerdo una, de tintes lingüísticos: en inglés "despierto" se dice "awake" y una noche, mirando la heladera abierta, se me ocurrió comer agua y queso, cuya fonética conjunta es similar a la de la palabra anglosajona, pero, por supuesto, no hubo resultado alguno.

Todo esto derivó en la venida de un psiquiatra a domicilio, con quien no quise hablar demasiado. Al día siguiente irrumpieron enfermeros robustos en mi habitación para internarme. Una inyección, y a la clínica.

Esa, mi segunda internación, duró poco menos de un mes y fue bastante penosa. Creo que a un chico las visitas le traían cocaína y andaba hecho una locomotora, una chica hablaba casi a los gritos durante todos los almuerzos, otra chica, gorda, sacaba chapa de que esa era ya su séptima internación, etc.

Ahí adentro tuve un acompañante que se llamaba Sergio, morocho y robusto. Me calentaba y yo pensaba que pertenecía a una logia de herederos del General José de San Martín, y había llegado a esa conclusión sólo por mirar sus profundos ojos negros.

Tuve un intento de fuga que fue reprimido. Salíamos a caminar con un acompañante de nombre Adrián y apenas pisé la vereda empecé a correr, de nuevo, como nunca. Por mi falta de estado pude hacer sólo unas cinco cuadras, tras las cuales Adrián me alcanzó y me redujo como a un criminal. Era gordo y se tiró sobre mí, recuerdo sentir todo su peso, y que me moría.

Buenas migas

En 2013 yo vivía con mi madre y a principios de ese año empecé a cursar el segundo año de un Postítulo en Periodismo y Comunicación, al mismo tiempo que unas materias del primer año de la carrera de Letras en la Universidad pública.

El Postítulo era pago y yo tenía problemas para estar al día con la cuota, y eso me estresaba. Eso, sumado a problemas personales, me hizo entrar en crisis con lo académico y terminé dejando las dos formaciones.

Al poco tiempo, sin mucho que hacer y enojado, la crisis se fue expandiendo (no recuerdo cómo se expresaba) y devino en una nueva internación. De nuevo cayeron enfermeros y policías a mi habitación y, esta vez, me dieron a elegir cómo quería ir a la clínica, si en patrullero o en ambulancia. Elegí el patrullero.

Yo iba en el asiento de atrás, fumando un cigarrillo (pedí permiso para prenderlo y me dijeron que sí, que podía) y charlaba con los agentes, que eran un masculino y un femenino (para usar su terminología). Fueron muy amables.

En la clínica, ubicada en zona sur, me esperaba una habitación individual y pequeña, creo que era la número 3, con una bandeja con la cena. Comí sólo una mandarina. Luego cayeron un par de enfermeras, me tomaron la presión, dijeron algo entre ellas, me pusieron una inyección y a dormir. A todo esto yo tenía mi LG Optimus L3 conmigo e iba tuitiando lo que pasaba: cuando puse que me querían poner una inyección en contra de mi voluntad alguien faveó el tuit, fue deprimente.

Al día siguiente desperté y tenía servido el desayuno. No sé porqué lo tuve que tomar con un enfermero enfrente. Estábamos los dos solos en la habitación y él me miraba fijo. Era incómodo.

Estuve allí unos quince días. Tuve acompañantes pagados por mis viejos e hice buenas migas con un par de internos. Uno de ellos se llamaba Daniel y hablaba todo el tiempo de Dios, me caía bien.

Cuando me fui me entregó un papel con algo escrito, lo cual reproduzco aquí:

"Eres un ser muy bien preparado para la vida que se te viene. Nos vemos en ISRAEL, en Jerusalén al ESTE. Busca a Jesús y conocerás la verdad y la verdad te hace libre de la esclavitud del pecado".

Firmado Daniel (Dios es mi juez), y puso su apellido, pero no lo voy a reproducir.

Escapar 2

En 2015 volví a dejar de tomar las pastillas, lo cual fue una mala decisión. Lo hice gradualmente, pero igual los efectos empezaron a aparecer. Esta vez el síntoma que predominaba era que escuchaba voces, principalmente la de un amante que tuve hace años, mayor que yo.

Además yo temía ser sacrificado, mientras dormía. Esto es, temía ser cogido por muchos hombres de una forma tal que al despertar no tendría registro de lo sucedido. Me sentía amenazado, sufría. Estaba en lo de mi madre y quería salir de allí. Y lo hice, podríamos decir, en etapas.

Un día salí a caminar y fui desde el centro hasta Alberdi. Allí vivía una alumna que tuve y pensé en visitarla, pedirle ayuda, pero no lo hice. Encontré un puente y me quedé un rato debajo del mismo. Después volví a casa.

Otro día dije ir a lo de un amigo para en realidad ir a la zona de la Terminal de Ómnibus. Tenía algo de plata y pasé la noche en un hotel de la zona.

Otra noche salí del departamento mientras mi madre dormía y caminé hasta Pellegrini, y desde allí hasta avenida Belgrano. Estaba literalmente saliendo de la ciudad. En la ruta un auto paró para llevarme (por lo que pude ver era una familia) pero no acepté el viaje, y seguí caminando. En un momento, extenuado, me tiré sobre el pasto boca arriba, a la vera de un puente. Ese momento fue hermoso, hace tiempo que no veía el cielo con tanta claridad. Después llegué a una plaza y me recosté sobre un banco de cemento. Boca arriba veía la copa del árbol de al lado y sentía cierta libertad y comunión con la

naturaleza.

Caminando un poco más llegué hasta la estación de trenes de Villa Diego. Cuando me acosté sobre un banco de madera vino un robusto empleado de Seguridad a decirme que no podía quedarme allí. Pero me terminó sugiriendo que pase la noche en un vagón abandonado. Lo cual hice. Hacía frío, pero pude conciliar el sueño.

Al día siguiente compre cigarrillos, desayuné en un bar, le escribí un mensaje a mi madre para decirle que estaba bien y, cometí el error de volver a la estación de trenes. Cuando quise entrar al baño fui expulsado por los empleados que estaban allí y después me encaró un policía. Me dio dos opciones: o llamaba a un familiar y yo volvía a mi casa o me llevaba a la Comisaría para averiguación de antecedentes. Habló con mi hermana y emprendí el regreso.

Escapar 3

En 2015 tuve problemas otra vez, me sentía amenazado de nuevo y quise salir del país.

Con un resto de dinero en mi cuenta fui hasta la terminal de ómnibus y averigüé precios: No llegaba a pagar el viaje a Santiago de Chile, así que saqué un pasaje hasta Mendoza, pensando que después, desde allí, vería como cruzar los andes hasta la tierra de Neruda.

El colectivo salía a la tardecita así que me quedé toda la tarde en la zona de la terminal. Escuchaba voces. Fui a comprar cigarrillos y al fumarlos en el parque sentía que me hablaba la chica del quiosco que me los vendió. Pero eso no es nada, las voces eran múltiples. Un par de ex amantes "dialogaban" conmigo: Fabián me explicaba porque estaba siendo castigado, Fernando me ofrecía la posibilidad de volverme "digital", como él, y, mi médica intentaba obligarme a dejar de lado el sexo con hombres para darle lugar a las mujeres, con quiénes, según ella, estaba en deuda. La voz de una amiga me advertía que en Mendoza las cosas iban a ser más difíciles, que allá eran más estrictos. También "apareció" un acompañante de mi segunda internación, Adrián, que me dijo que esa internación había sido tan traumática para mí porque él me había asesinado de un tiro en la frente ¿? En un momento, delirando en el parque del Patio de la Madera, descubrí en el suelo la placa de mármol que decía que allí había sido asesinada Sandra Cabrera.

En fin, llegó la hora y tomé el ómnibus. El chofer al recibir mi pasaje me dijo "mi amor", y pensé que iba a haber sexo en el viaje, había varios machos que estaban buenos. Pero me quedé dormido y me desperté en las afueras de Mendoza capital. Al bajar salí de la terminal y me senté en un banco. Sentía, todavía, peligro. Empecé a caminar, y entre a varios hostels para averiguar precios, tenía que pasar la noche en algún lado. No me

alcanzaba la plata.

Se hizo de noche y helaba, yo sólo tenía una remera, nada de abrigo. Sentado en una plaza del centro creí escuchar la voz del diablo, que me saludaba.

Las voces me decían que esa noche o debutaba (una especie de ritual de sexo grupal) o me mataban. Terminé yendo a la comisaría 25° para debutar con uniformados. Entré, había gente haciendo denuncias. Cuando llegó mi turno le dije a la empleada que no tenía donde pasar la noche, ella me hizo un mapa para llegar a un refugio nocturno y se ofreció a cargarme la batería del celular. Pero mientras esperaba tanta tensión me hartó, y me desnudé, ahí, adelante de todos. Un policía (estaba bueno) me agarró del brazo enojado y me llevó a la parte de atrás. Me hizo poner el pantalón y sentarme en el medio del patio. Me hizo preguntas. Pensé que eran los preparativos para el debut. Pero después me pusieron en un patrullero y me llevaron a una clínica psiquiátrica estatal. Un panel de médicos me hizo preguntas, yo respondía "guiado" por la voz de un ex, el que era mayor que yo.

No hubo ningún debut, sólo pichicata y a dormir. El lugar era horrible, y la noche lo hacía peor. Estuve unos días ahí hasta que con la asistencia de una psicóloga pude articular para llamar a mi madre. Mi padre y mi hermana me fueron a buscar. No tengo recuerdos del viaje de regreso a Rosario, sólo cuando entraba otra vez a la clínica de zona sur.

Estuve allí un mes, con acompañantes y, Laura, otra paciente con quien tuve buena onda, eso sí, algo intermitente. Luego mi padre sugirió que continuara la internación en una clínica de Buenos Aires, lo cual terminé aceptando. Me atraía Buenos Aires, pero fue un

grave error. Estuve cinco meses allí, rodeado de adictos en recuperación. Muchos eran del Conurbano, y se manejaban según sus códigos. Los primeros quince días estuve en "Admisión", que era carcelario, rejas por todos lados (el primer día lloré, mucho, no podía creer haber terminado ahí). Después me pasaron a "Hortiguera", donde estaban los pacientes que a la adicción le sumaban cuestiones psiquiátricas. Había grupos, todo el tiempo, donde había un coordinador y los pacientes hablaban. Casi todo fue horrible y lamento haber estado tanto tiempo allí.

En diciembre del año pasado me soltaron y volví a Rosario, donde sigo tratamiento ambulatorio. Tomo mi medicación y estoy bien.

Ésta es, a grandes rasgos, mi relación, mi historia con la locura.

Legales

©2017 Chelo Mil

La locura y yo – Narrativa – 2016

Desnudo Editorial Digital - eBook

Febrero 2017

Argentina

Versión 1.00